

Aportes al sentido de la vida desde la inteligencia espiritual

Karen Margarita Gamarra Senior¹

Flor Elba Meneses Arias²

Candy Lizette Ríos Romero³

Deicy Tatiana Vargas Marín⁴

Resumen

Esta investigación expone la genealogía del concepto de inteligencia espiritual desde las teorías de Gardner y Goleman, hasta los planteamientos de Zohar, Marshall y Francesc Torralba. Este recorrido tiene por objeto establecer una consideración nueva acerca de la inteligencia que permite demostrar que el ser humano aprende de diversas maneras. La consecuencia de este conjunto de investigaciones será la fundamentación teórica de un nuevo tipo de inteligencia que tiene que ver con las inquietudes existenciales más profundas del ser humano. El artículo reflexiona finalmente acerca del aporte de la inteligencia espiritual al sentido de vida de las personas y se plantea la posibilidad de establecer pruebas psicométricas capaces de medir habilidades que tienen que ver con la definición del proyecto de vida o su contraparte y, el vacío existencial que viven algunos jóvenes de hoy en el contexto educativo.

Palabras clave: Inteligencia; inteligencia espiritual; sentido de la vida; test estandarizados.

Reflexiones a la
Educación desde la
Investigación
Pedagógica



¹Estudiante de Licenciatura en Educación Religiosa, Universidad Católica de Oriente, Rionegro, Antioquia. Correo electrónico: karen senior24@gmail.com

²Estudiante de Licenciatura en Educación Religiosa, Universidad Católica de Oriente, Rionegro, Antioquia. Correo electrónico: sorflormeneses@gmail.com

³Estudiante de Licenciatura en Educación Religiosa, Universidad Católica de Oriente, Rionegro, Antioquia. Correo electrónico: candyrios2007@gmail.com

⁴Estudiante de Licenciatura en Educación Religiosa, Universidad Católica de Oriente, Rionegro, Antioquia. Correo electrónico: deicytavianavargas@gmail.com

Contributions to the sense of life from spiritual intelligence

Abstract

This research focuses on the genealogy of spiritual intelligence following the theories of Gardner and Goleman and also the assumptions of Zohar, Marshall, and Frances Torralba. This research paper also has as an objective, sharing new findings of intelligence and how humans learn in different ways. Based on this research, the theoretical basis for a new intelligence related to existentialism and the human quest for meaning will be addressed. Finally, reflections on contributions made by spiritual intelligence to human's meaning and purpose of life are made, posing also the possibility of applying psychometric tests that measure skills related to project life definition or its opposite, and the emptiness of life that some young people today live in the educational context.

Keywords: Intelligence; spiritual intelligence; meaning of life; psychometric tests.

Aporte ao sentido da vida desde a inteligência espiritual

Resumo

Esta pesquisa expõe a genealogia do conceito de inteligência espiritual desde as teorias de Gardner y Goleman, e também as suposições de Zohar, Marshall e Francesc Torralba. Este trabalho de pesquisa tem por objeto, estabelecer como, uma consideração nova referente à inteligência, permite demonstrar que o ser humano aprende de diversas maneiras. A consequência deste conjunto de investigações será a fundamentação teórica de um novo tipo de inteligência que tem a ver com as inquietudes existenciais mais profundas do ser humano. Este artigo finalmente faz a reflexão sobre o aporte da inteligência espiritual ao sentido da vida das pessoas, propondo também a possibilidade de aplicação de provas psicométricas capazes de medir habilidades que tem a ver com a definição do projeto de vida ou a sua contrapartida e o vazio existencial no qual vivem alguns jovens de hoje no contexto educativo.

Palavras-chave: Inteligência; inteligência espiritual; sentido da vida; provas psicométricas.

1. Introducción

La formación del ser humano ha constituido una tarea muy importante en el transcurso de la historia. Precisamente, su humanidad, la convierte en un misterio para sí mismo y para los demás y, al mismo tiempo, es lo que le impulsa a rebasar el propio umbral ontológico y trascender su realidad. Desde los orígenes de los primeros grupos humanos se ha hecho evidente la necesidad entrañable de saciar la sed de trascendencia, un deseo profundo de superar la finitud del propio ser, de encontrar respuestas a preguntas vitales que exceden los límites de la individualidad y que, al mismo tiempo, llenan de vida el interior e impulsan a dejar huella en la historia. Nadie quiere ser olvidado y todos, en definitiva, buscan la realización personal y la felicidad.

El arduo camino de búsqueda de sentido es lo que dinamiza el proceso de humanización. La realidad de ser seres inacabados y en constante construcción crea una curiosa paradoja: por un lado, las personas buscan la manera de entrar en sí y encontrar la riqueza que las habita; pero, por otro, constatan con no poco desconcierto que, mientras más se buscan a sí mismas, más desconocidas se hallan. Sin embargo, el estar sumergidos en este camino de búsqueda nunca satisfecha del todo, nos hace sentir vivos y libres. Moltmann (1976) afirma en este sentido: “Siempre que tengamos experiencia del ser humano, lo experimentamos como pregunta, como libertad y apertura, ‘somos, pero no nos tenemos’- ésta es manifiestamente la *conditio* humana” (p. 16).

Esta realidad (búsqueda de lo trascendente, búsqueda de sí, sed de humanidad, ir más allá de lo conocido, superar los obstáculos) toca las fibras más íntimas de las personas y es muy valorada dentro de la formación integral, como proceso que apunta al desarrollo armónico de todas las dimensiones del ser humano para lograr su auténtica realización personal y social. Justamente, la educación valora en gran medida las capacidades que tienen los individuos para ir más allá de lo biológico, para ampliar su horizonte existencial y para enfrentar nuevas situaciones.

Aproximaciones al concepto de *inteligencia*

El concepto de inteligencia escapa a una univocidad en su definición y toma cuerpo, dependiendo de la vertiente desde donde se analice. Durante mucho tiempo, la inteligencia fue reducida al campo meramente cognitivo; específicamente, a los aspectos lógico-matemáticos y lingüísticos. Una persona se definía inteligente si su capacidad intelectual se evidenciaba en una fuerte habilidad de memorización y de destreza para los cálculos matemáticos. Pero, la inteligencia es la capacidad de relacionar los conocimientos, para resolver una determinada situación tanto en el ámbito personal como en el educativo, en el que son involucrados los diferentes procesos cognitivos en interacción con el ambiente.

Gardner (2016) define la inteligencia como una capacidad, convirtiéndola en una destreza que se puede desarrollar, sin negar el componente genético correspondiente. De hecho, una de las cosas que hicieron los primeros estudiosos del término fue crear herramientas para medir dicha capacidad. Según Domenech (1995), tal fue el caso de Francis Galton en 1869 y de Binet y Simon en 1905: “Las pruebas ideadas por Galton para medir la inteligencia eran medidas fisiológicas de rapidez y precisión frente a los estímulos. Galton estableció las bases para el análisis cuantitativo, correlacional y estadístico de la inteligencia” (p. 150).

Las escalas de inteligencia de Binet y Simon (1905, 1908) y Binet (1911) se caracterizan por incluir pruebas más complejas, destinadas a explorar procesos mentales de orden superior, tales como la memoria, las imágenes mentales, la comprensión o el juicio (Mora y Martín, 2007, p. 309)

No obstante, con el paso de los años, este concepto fue evolucionando para dar entrada a comprensiones más humanistas de la inteligencia, de modo que se pasó de una concepción meramente cognitiva, a una más vital. Entre tantas definiciones que se pueden hallar sobre este concepto tan complejo, se encuentra la realizada por Ardila (2011) quien intenta elaborar una definición integradora, al expresar que la “inteligencia es un conjunto de habilidades cognitivas y conductuales que permite la adaptación eficiente al ambiente

físico y social. Incluye la capacidad de resolver problemas, planear, pensar de manera abstracta, comprender ideas complejas, aprender de la experiencia” (p. 100).

Cuando ya se creía que el concepto de inteligencia estaba más despejado y hasta aceptado por una gran mayoría de académicos, surgió el cuestionamiento de si existe una sola inteligencia o si son varias. Esta idea chocaba fuertemente con lo que ya había planteado Spearman (1927, citado por Ardila, 2011) quien, en su propuesta afirmaba la existencia de una capacidad cognitiva amplia, la cual denominó **inteligencia general** (o factor g) y, a la vez, de unos **factores específicos** (factores s) de esa inteligencia general, “como el factor verbal, cuantitativo, espacial, la memoria inmediata, la velocidad mental o de percepción y la capacidad para captar reglas y relaciones lógicas” (Ardila, 2011, p. 98).

Más adelante, Sternberg (1985, citado por Pérez y Medrano, 2013) aportó a la evolución de este concepto, formulando una teoría de la inteligencia exitosa basada en tres categorías: a) la inteligencia analítica, ligada a la resolución de problemas abstractos con una respuesta correcta y particularmente relevante en el ámbito académico; b) la inteligencia creativa, que se manifiesta primordialmente en la formulación de nuevas ideas y la resolución de problemas novedosos; c) la inteligencia práctica, que permite encontrar soluciones frente a problemas de la vida cotidiana.

Inteligencias múltiples e Inteligencia Emocional

El impulso dado por estas teorías permitió que se reconociera otro tipo de inteligencia y, confirmó la idea de que no existía uno solo y, mucho menos, que el Coeficiente Intelectual (CI) era lo definitivo. La teoría de la Inteligencia Emocional (IE) postulada por los psicólogos americanos Peter Salovey y John Mayeren (1990, citados por Ardila, 2011) y luego confirmada por los estudios de Daniel Goleman (1995) representó una nueva forma de entender la cuestión. Básicamente la IE consiste en la “capacidad para reconocer los sentimientos propios y ajenos y la habilidad para manejarlos. Se organiza en cinco capacidades: conocer las emociones y sentimientos propios, manejarlos, reconocerlos, crear nuestras

propias motivaciones y manejar las relaciones interpersonales” (Ardila, 2011, p. 99).

Sin embargo, el personaje que revolucionó con toda la fuerza el concepto de inteligencia en todos los ámbitos, especialmente en el campo educativo, fue Howard Gardner, quien en 1983 publicó la teoría de las Inteligencias Múltiples (IM). Con esta novedosa propuesta, criticó con dureza el enfoque de la inteligencia general que se deriva de los test psicológicos y propuso en su tesis, la existencia de muchas formas de inteligencia en las personas, que les permite aprender de diversas maneras. Estas inteligencias no son aisladas o fragmentadas, sino que trabajan de modo interdependiente y ninguna es más indispensable que otra.

Según Torralba (2018), la inteligencia para Gardner consiste en “una capacidad que sirve para resolver problemas a través de unas potencialidades neuronales que pueden ser o no activadas, dependiendo de muchos factores, como el entorno cultural y familiar” (p. 28). Esta anotación es muy importante, al tener presente que los seres humanos no son unidimensionales sino polifacéticos y, ciertamente la variedad de inteligencias, les ayudan a dar respuesta a múltiples realidades. En esta misma línea, Gardner (2016) en su libro *Estructuras de la mente. La teoría de las inteligencias múltiples*, nos presenta su mapa de inteligencias:

Más adelante, en la Segunda Parte del libro, describo con detalle las siete inteligencias consideradas: la inteligencia lingüística y lógico-matemática que de tantos privilegios gozan en las escuelas hoy en día; la inteligencia musical; la inteligencia espacial; la inteligencia cinestésica-corporal; y dos formas de inteligencia personal: una que se dirige hacia los demás y otra que apunta hacia la propia persona. (p. 5)

En estudios posteriores a la lista anterior, Gardner (2016) enriquece su trabajo anexando la inteligencia naturalista y la existencial o trascendental. Es precisamente en esta última inteligencia donde se detendrá el análisis de esta investigación, puesto que constituye la base para desarrollar el tema de la Inteligencia Espiritual (IES).

Los debates que han generado las diferentes teorías, específicamente la de IE y la de

las Inteligencias Múltiples (IM), son muchos y desde diferentes disciplinas, pero todos convergen en señalar que el ser humano no es solo un ente pensante, sino que, ante todo, es un ser sintiente, dotado de razón y también de corazón. Pensamiento y emoción son dos dimensiones estrechamente unidas en la persona. No obstante, Gardner supera la IE al abrir una nueva ventana con la idea de la inteligencia trascendental, donde plantea que hay situaciones existenciales que pueden ser resueltas únicamente con esta inteligencia, situaciones que rebasan el pensamiento y el sentimiento. En esta tónica, Gardner (2016) se refiere a esta inteligencia, como una capacidad que posee el ser humano para reconocerse a sí mismo y dar sentido a su vida:

Tal convicción quizá sea una de las razones por las que los grandes científicos típicamente se han preocupado por las cuestiones más cósmicas y que, en particular en los años más tardíos de la vida, a menudo se dan a hacer pronunciamientos acerca de cuestiones filosóficas, como la naturaleza de la realidad o el significado de la vida. (p. 123)

También Viktor Frankl (1991) enriquece este debate con su aporte frente al tema de la trascendencia. A partir de allí señala que dicha trascendencia es una capacidad única en las personas, que las conduce a superar grandes barreras y a sumergirse en lugares desconocidos; a ir más allá de las fronteras del conocimiento.

La Inteligencia espiritual en perspectiva científica

Las anteriores consideraciones permitieron a muchos autores cuestionarse acerca de la posibilidad de hablar de una IES, una inteligencia capaz de responder a las inquietudes existenciales más profundas del ser humano, al anhelo universal de la búsqueda de sentido, al deseo de autoconocimiento para aprender a compartir la vida con los otros. Atención especial merecen los aportes de los profesores Zohar y Marshall (2001), quienes acuñaron el término Inteligencia Espiritual (IES) en la literatura científica. Estos dos investigadores explican la base neurológica de dicho tipo de inteligencia. Para ellos no fue nada fácil exponer estas investigaciones en el mundo científico, debido a que este campo es más bien escéptico frente a fenómenos que

no pueden ser medidos objetivamente. Para esto, se basaron en tres investigaciones que hasta ahora han sido poco conocidas: el primer trabajo se da en los años 90. El neuropsicólogo Michael Persinger y el neurólogo hindú Vilayanur Ramachandran, con su equipo de la Universidad de California, desarrollaron unas investigaciones que señalan la existencia de un punto divino en el cerebro humano:

Este centro espiritual incorporado está localizado entre las conexiones neurales de los lóbulos temporales del cerebro. En los escáneres tomados con topografía de emisión de positrones, estas zonas neurales se iluminan siempre que los sujetos estudiados deben hablar sobre temas espirituales o religiosos. Estos varían con las culturas: los occidentales reaccionan ante la mención de «Dios»; los budistas y otros lo hacen ante símbolos significativos para ellos. (Zohar y Marshall, 2001, p. 26)

La conclusión de que en el cerebro existe un punto divino, señala que el cerebro ha evolucionado de tal forma, como para realizarse preguntas trascendentales y, tiene una capacidad muy fina para significados y valores muy profundos.

La segunda investigación llevada a cabo por el neurólogo austriaco Wolf Singer también en la década de los 90, tiene que ver con la posibilidad de la existencia de un proceso neural en el cerebro, que se encarga de unificar y dar sentido a las experiencias; en otras palabras, que las fija concretamente. Este hallazgo es muy significativo, porque anterior al trabajo de Singer sobre las oscilaciones neurales unificadoras y sincrónicas en todo el cerebro, los científicos y neurólogos solo reconocían dos formas de organización cerebral neural, que Zohar y Marshall (2001) describen así:

Una de estas formas, la de conexiones neurales en serie, es la base de nuestro CI. Los tractos neurales conectados serialmente permiten que el cerebro acate normas, piense lógica y racionalmente, paso a paso. En la segunda forma de red de organización neural, grupos de cientos de miles de neuronas están conectados al azar con otros grupos múltiples. Estas redes son la base de nuestra IE, nuestra inteligencia impulsada por emociones, reconocedora de pautas y creadora de hábitos. (p. 26)

No obstante, lo propuesto por estas dos formas de organización cerebral neural, ninguna de ellas respondía a trabajar con significados, o sea, a dar sentido a las experiencias; ninguna presentaba la capacidad de cuestionarse el porqué de las cosas o realidades, si éstas podrían ser mejoradas, transformadas o alteradas. Por esto, el aporte de Singer sobre las oscilaciones neurales unificadoras es importante, dado que abre el umbral a un tercer modelo de pensamiento: el pensamiento unitario y, la inteligencia que lo abarca es, justamente, la IES, puesto que es la única que puede responder y dotar de significaciones a las experiencias humanas.

En tercera instancia está la investigación ejecutada por el neurólogo y antropólogo biólogo de la Universidad de Harvard, Terrence Deacon quien, en su publicación sobre los orígenes del lenguaje humano, *The Symbolic Species* (1997), destaca que el lenguaje es privativo de los seres humanos; está dotado de símbolos, centrado en los significados y, ha evolucionado juntamente con el desarrollo asombroso de los lóbulos frontales del cerebro. En su estudio, se empeñó en enfatizar que ningún otro ser vivo diferente a las personas, puede usar el lenguaje, porque no tiene desarrollados los lóbulos frontales. Es precisamente esta parte del cerebro la que permite la toma de decisiones, soñar el futuro, dar significado a lo vivido, preguntarse por la existencia, imaginar, gobernar la conducta; en definitiva, es la parte del cerebro que hace humano al hombre.

Para Zohary y Marshall (2001), estas investigaciones representan una base fundamental para hablar de una fundación neural de la IES, puesto que ésta permite sobrellevar todo el entramado de situaciones y acciones que son producidas en los lóbulos frontales. Estos autores concluyen que la IES no es fruto de un ejercicio de prácticas religiosas ni de estudios dogmáticos y teológicos, sino que procede netamente de un proceso neurobiológico propio del ser humano; es una capacidad interna e innata del cerebro y de la psiquis humana, que extrae sus recursos más profundos del meollo del mismo universo; es una prestación desarrollada a lo largo de millones de años que permite al cerebro encontrar y usar significados en la solución de los problemas; “tenemos que usar nuestra IES innata para forjar

nuevos rumbos, para encontrar alguna sana expresión de significado, algo que nos emocione y nos guíe desde nuestro interior” (p. 24).

Algunos aportes de otros autores sobre el concepto de la Inteligencia Espiritual

Después de haber realizado un acercamiento a una posible explicación científica de la IES, es preciso revisar el aporte de otros autores respecto a la concepción de este término. En primer lugar, se valora el pensamiento de Francesc Torralba (2018), filósofo, teólogo y pedagogo español, uno de los mayores exponentes en el campo educativo y social, quien manifiesta que:

La inteligencia espiritual es propia y característica de la condición humana y, además, posee un carácter universal. Todo ser humano, más allá de sus características externas o internas, posee este tipo de inteligencia, a pesar de que puede hallarse en grados muy distintos de desarrollo. Toda persona tiene en su interior, la capacidad de anhelar la integración de su ser con una realidad más amplia que la suya y, a la par, dispone de la capacidad para hallar un camino para tal integración. (p. 55)

Seguidamente, se presenta el aporte de la psicóloga americana Frances Vaughan (2002), pionera en la psicología transpersonal y estudiosa de diferentes tradiciones espirituales, para quien la IES es la vida interior de la mente y el espíritu, que permite la comprensión en profundidad de las realidades existenciales; es una habilidad mental que vincula lo personal con lo transpersonal y el yo con el espíritu. En definitiva, es una capacidad que posibilita la conexión con todo lo existente.

Asimismo, está la contribución de David King (2007, citado por Torralba, 2018) quien ha investigado el concepto y expresa que la IES

capacita para el pensamiento existencial y crítico, faculta para contemplar críticamente la naturaleza de la existencia, la realidad [...]. En este sentido, trasciende lo lógico matemático, porque ésta no se adentra en las cuestiones existenciales y, tampoco tiene capacidad crítica. (p. 50)

Por su parte, Zohar y Marshall (2001) manifiestan que la IES es el alma de la inteligencia, con una facultad sanadora, restaurativa, que unifica la

vida fragmentada y maltratada del ser humano. A menudo, las personas sienten una sed de unidad, de paz interior, que no logran satisfacer por el propio egoísmo o por las barreras que les imponen las estructuras sociales y los valores prefijados. Entonces, se descubre que la IES logra penetrar esos lugares más recónditos del ser humano, porque precisamente mora allí, en lo más profundo de la persona, rebasando el ego y los valores ya establecidos, debido a que posibilita el descubrimiento de nuevos valores, de nuevas soluciones.

En esta misma tónica se encuentra la definición que otorga Vázquez (2010) respecto a la IES:

Es capacidad de trascendencia, capacidad de hacer las cosas cotidianas con un «sentido de lo sagrado»; usar recursos espirituales en problemas prácticos [...]. Es conciencia de lo universal, conciencia de la humanidad y fraternidad entre todos los seres, capacidad de maravillarse del cosmos, sentido de lo místico, disponibilidad para escuchar y comprender a los demás. Es también la que nos permite ser felices, independientemente de las circunstancias, de si estas son favorables o desfavorables, porque la fuente de la felicidad viene de adentro. (pp. 43-44)

Otro teórico que aporta en este recorrido conceptual es Tony Buzan (2003), quien manifiesta que la IES ayuda en el conocimiento y comprensión del propio ser de cada persona y, a la par, colabora en el aprecio y comprensión de la vida de los otros y de toda forma de vida en el cosmos. Este autor, famoso por ser uno de los grandes defensores de los mapas mentales, expresa de una manera particular, con una pedagogía muy llamativa, diez herramientas a las que llama ‘poderes de la IES’, a cada uno de los cuales le dedica un capítulo de su libro *El poder de la inteligencia espiritual. 10 formas de despertar tu genio espiritual*. A continuación, se enuncia de forma parafraseada y de modo breve, estos poderes que contribuyen al cultivo de la IES:

1. Reconocer lo grandioso que es el ser humano
2. Descubrir los propios valores
3. Planificar lo que se quiere alcanzar
4. Fortalecer la comprensión y compasión consigo mismo y con los demás

5. Donarse gratuitamente
6. Reírse con frecuencia
7. Volver al juego, a la espontaneidad
8. Detenerse y vivir cada ritual de la vida
9. Ser positivo y constructor de paz y, finalmente,
10. Amar y amar.

Por otro lado, Ramón Gallegos (2005), psicólogo y sociólogo, autor de la educación holista, realiza una clasificación de tres niveles básicos de inteligencia, donde ubica a la IES en el tercer nivel, es decir, en el nivel superior, dándole el puesto de mayor importancia, dado que se ocupa de la formación del ser, e incluye a la inteligencia emocional (encargada del sentir), jerarquizada en el nivel más básico y de la inteligencia intelectual (ocupada del pensar), situada en el segundo nivel.

También, Teijero (2016), afirma que:

La inteligencia espiritual es la capacidad de ir más allá de lo biofísico y social, del cuerpo y las emociones. Opera con el ojo de la contemplación; es una inteligencia transpersonal porque se sitúa distante del ego narcisista. Opera con visión universal. Es transracional, porque no se limita a la racionalidad instrumental mecánica de la ciencia. Es la única inteligencia que puede darle sentido espiritual a la vida; es decir, generar sentido trascendente para vivir, alimentar y potenciar la integridad de la mente. (p. 63)

Desde el campo bíblico se observa una alusión bastante interesante respecto a la IE; específicamente, siete citas bíblicas en el Nuevo Testamento (Mc 12,33; Lc 2, 47; Ef 3,4; 1 Cor 1,19; Col 1, 9; Col 2,2; 2 Tim 2,7) que utilizan en común el verbo griego ‘synesis’, que traduce tanto inteligencia como conocimiento, entendimiento y capacidad de comprensión. El autor sagrado se refiere a la adquisición de la sabiduría y al cultivo de la capacidad de discernimiento para poder conocer en los diferentes acontecimientos, cuál es la voluntad divina; y es gracias a esa IE que se puede dar el conocimiento de lo que Dios quiere para cada persona, mediante una experiencia no intelectual sino de relación y encuentro.

A partir de este breve acercamiento epistemológico realizado gracias a los aportes

de diversos autores, todos ellos empeñados en el estudio de la IE, es posible hacerse una idea de lo que comporta este concepto del cual, poco a poco se viene conociendo en el contexto latinoamericano y su importancia en la construcción y formación del ser humano. Sin embargo, falta por aclarar si el hecho de llamarse IE, tiene que ver con alguna confesión religiosa o, netamente, con una creencia. En este punto, es menester distinguir con claridad la significación del término espiritual, en el cual se hará mayor énfasis, debido a que el concepto 'inteligencia' ya ha sido estudiado en los párrafos anteriores.

El término espiritual conlleva una dificultad a la hora de su comprensión, por su inadecuada utilización en el transcurso histórico donde tradicionalmente se usó para acentuar la oposición a lo corporal, alimentando la visión dualista de las personas. Asimismo, se utilizó para referirse a la huida de todo lo material, del mundo, de las sensaciones, de todo lo físico. No obstante, con el pasar del tiempo esta visión ha cambiado, hasta el punto de considerar lo espiritual, íntimamente unido a la vida corporal. En efecto, quien cultiva la vida espiritual tiene la capacidad de vivir con intensidad y profundidad toda acción física, desde el experimentar una sensación, hasta la vivencia de las relaciones sociales y, al mismo tiempo, quien se entrena en la vida física, prepara su vida espiritual; es decir, la una necesita a la otra.

La vida espiritual, dice Torralba (2018) es: "apertura, movimiento, dinamismo hacia lo infinito. Este dinamismo todavía no demuestra la existencia de un Absoluto, pero indica una sed de plenitud, un movimiento hacia lo que no se es, hacia lo que no se posee" (p. 59). Lo espiritual es inherente a la persona, lo que la ennoblece y la eleva más allá de su finitud.

Con todo, lo espiritual no es privativo de una confesión religiosa; todo ser humano, en virtud de su humanidad, tiene la facultad de vivir la espiritualidad dentro o fuera del ámbito de las religiones. Esto no quiere decir que se desprecia las religiones; la IES en ningún momento es antirreligiosa; de hecho, la mayoría de las personas necesitan la referencia de un marco religioso; sienten la necesidad de apoyarse en creencias, en el testimonio de personajes que dejaron huella en la historia, gracias a su

vida espiritual. Justamente, la existencia del punto divino en el cerebro, demuestra que la fe, las creencias o las diversas manifestaciones religiosas, han contribuido a aventajar al hombre en su evolución frente a otros seres vivos. Pero lo que sí se aclara es que la IES no se confina a ella. Por esto, cabe señalar que no debe confundirse netamente, con la consciencia religiosa; así lo puntualiza Torralba (2018):

Sólo porque el ser humano tiene esta forma de inteligencia [la espiritual], puede vivir la experiencia religiosa; pero, la inteligencia espiritual es un dato antropológico, no una cuestión de fe. La creencia religiosa es una manifestación, un desarrollo de la inteligencia espiritual que consiste en la adhesión a un tipo de verdades que no pueden [ser demostradas] racionalmente, que son objeto de fe. Esta adhesión da sentido a la vida humana y permite comprender los grandes momentos de la existencia: eventos como el nacimiento, la muerte, el amor y el sufrimiento. (p. 51)

Vacío existencial y el sentido de vida

Luego de esta oportuna aclaración, se procede a analizar la importancia de la IES en el contexto actual, cómo contribuye a la consolidación del sentido de la vida y a la formación integral del ser, en qué momentos de la vida se recurre a ella y las formas de cultivar este tipo de inteligencia.

En un contexto que padece anemia espiritual, como lo expresa Torralba o, en palabras aún más fuertes pronunciadas por Zohar y Marshall (2001), una sociedad espiritualmente enfermiza. La IE se convierte en una emergencia humana que, en medio de la continua marea del activismo y el materialismo en que viven sumergidas las personas, invita a entrar en la interioridad y responder a la necesidad más fundamental del ser humano: la búsqueda de sentido.

Son muchos los autores, confesionales como aconfesionales, que convergen en afirmar que se está viviendo una época sin memoria espiritual; el hecho de no tener raíces espirituales conlleva una sociedad volátil y masificada, donde las motivaciones son distorsionadas; se crea necesidades superfluas y las personas experimentan cada día, un vacío en la existencia, que buscan llenar de muchas maneras. Precisamente, Zohar y Marshall (2001), después de atender a muchas personas en diferentes

partes del mundo, que les manifestaban el deseo de querer ser escuchadas porque experimentaban un vacío que no lograban llenar, un sinsabor en sus vidas, pese a tener todas las comodidades, títulos universitarios y empleos, expresan que lo existente en el mundo de hoy es una crisis espiritual; propiamente, una crisis de sentido en una sociedad que se preocupa por su continuo enriquecimiento a nivel material, pero que poco se preocupa por el creciente empobrecimiento espiritual.

Con «espiritualmente pobre» quiero decir que hemos perdido el sentido de los valores fundamentales, aquellos enraizados a la tierra y sus estaciones, al día y a las horas que pasan, a los instrumentos y rituales cotidianos de nuestras vidas, al cuerpo y sus cambios, al trabajo y sus frutos, a las etapas de la vida y a la muerte como fin natural. Vemos, usamos y experimentamos sólo lo inmediato, visible y pragmático. Estamos ciegos ante los niveles más profundos de símbolos y significados que nos colocarían, junto con nuestros objetos y actividades, en un superior marco existencial. (Zohar y Marshall, 2001, pp. 34-35)

La búsqueda de sentido no es un fenómeno cultural ni artificial, como tampoco un producto de la imaginación; surge de lo más íntimo de la persona, como una pulsión fundamental; en esta línea, Viktor Frankl (1991) en su libro *El hombre en busca de sentido*, expone que:

La búsqueda por parte del hombre del sentido de la vida constituye una fuerza primaria y no una ‘racionalización secundaria’ de sus impulsos instintivos. Este sentido es único y específico en cuanto es uno mismo y uno solo quien tiene que encontrarlo; únicamente así logra alcanzar el hombre un significado que satisfaga su propia voluntad de sentido. (p. 57)

La pregunta por el sentido, dice Torralba (2018) “es la primera expresión de que el ser humano no es un mero hecho natural; está abierto a unas realidades y a unos valores que dan a su vida dignidad” (p. 80) y, la IES posibilita el cuestionamiento sobre el sentido existencial, además de ayudar a buscar respuestas a la misma. En toda persona anida un deseo de vivir con sentido, lo que Frankl (1991) llama una *voluntad de sentido*. Específicamente, los

adolescentes y los jóvenes son quienes más experimentan esa inquietud de hacer algo que realmente incida en la vida, de experimentar la alegría de la donación y el servicio, de salir del estado de tedio en el que muchas veces se sienten inmersos, y de romper esos extremos viciosos que decía Schopenhauer en los cuales está condenada a moverse la humanidad: los extremos de la tensión y el aburrimiento.

Todos estos cuestionamientos e inconformidades que se van gestando en las personas, se dan en virtud de la IES, la cual conduce al individuo a ir más allá de su racionalidad y emocionalidad, para situarlo de cara a lo que da realmente plenitud y significación a su vida.

Al llegar aquí es fundamental explicar lo que comporta la expresión ‘sentido de la vida’, término que, por su alta densidad se puede tornar difícil de comprender o delimitar. Para esto, resulta oportuno acercarse a la explicación de Torralba (2018):

La expresión sentido de la vida incluye, al menos, tres significados: en primer lugar, se refiere al significado que contienen los múltiples acontecimientos que configuran la vida. Esto supone que la vida humana, con todas sus ondulaciones, tiene una lógica. El segundo significado se apoya en la imagen de la dirección, como la del curso de un río. Tal imagen representa la vida como una sucesión de momentos orientados entre un antes y un después, una espera y un cumplimiento, una posibilidad y una realización [...]. La tercera significación lleva a relacionar sentido con valor y, aplicado a la vida, es lo que la hace digna de aprecio y lo que justifica que valga la pena vivir. (p. 82)

En efecto, el tercer significado que presenta Torralba es el de mayor interés para la IES, debido a la íntima relación que le otorga a la realidad de sentido, con la realidad de la valoración de la vida y es justamente, esa voluntad de sentido despertada por la IES, que lleva a comprender la existencia como un proyecto creativo, donde se problematiza, se busca soluciones y se va a la raíz de los acontecimientos.

Teniendo presente el enfoque sobre el cual se analiza el concepto del sentido de la vida, se retoma la idea de Frankl sobre la voluntad de sentido, como aquel motor que impulsa la

búsqueda de lo que realmente llena la vida, realidad que se hace cada día más urgente en la sociedad actual, la cual busca desesperadamente razones para vivir la existencia en plenitud, pero, al mismo tiempo, sofoca esa necesidad espiritual con situaciones externalizantes y atrofiantes que, en lugar de llenar, lo que hacen es aumentar el vacío existencial, porque se cree que las cosas, las personas y las situaciones externas al ser humano son las que otorgarán ese sentido, y se olvida que la búsqueda de sentido es ante todo, una construcción interior; esto no quiere decir que lo anterior sea accesorio e innecesario, puesto que no se puede desconocer que el sentido de la vida se enmarca en una realidad, en una época, en un tiempo, en situaciones concretas de la persona; pero es ella quien decide desde su trabajo interior, cómo utiliza esos recursos que la misma vida le ofrece.

Sin embargo, lo verdaderamente importante en esta conquista de la búsqueda del sentido de la vida es que la persona logre descubrir en su interior lo que en realidad ella es, sin máscaras ni subterfugios y es aquí donde la IES ofrece su aporte, porque posibilita esta búsqueda, más allá de una satisfacción meramente intelectual y emocional. Al respecto, Frankl (2009) expresa:

La máxima «llega a ser el que eres» no significa sólo «llega a ser el que puedes y debes ser», sino también, «llega a ser lo único que puedes y debes ser». No se trata sólo de que yo sea hombre, sino de que llegue a ser yo mismo. (p. 250)

Este aspecto, el de ser lo que realmente se es, en una sociedad consumista, líquida y de apariencias, deja mucho que desear. Las personas experimentan una angustiante paradoja dentro de sí; por un lado, anhelan ser auténticas, porque los momentos que lo han sido han sentido una felicidad y una realización indescriptible; pero, por otro, se sienten obligadas a ser lo que el contexto les impone para poder sobrevivir y encajar en el sistema. No obstante, el resultado de esta situación es el creciente vacío existencial del que ya se ha hablado.

Una persona que sufre un vacío existencial, dice Torralba (2018), “padece una sobria y seca seriedad. Nada le alegra, nada le estimula, nada despierta su interés. Los placeres sensibles

le agotan pronto; la compañía se vuelve en seguida aburrida, el juego termina cansándole” (p. 282). Este aburrimiento vital habla de una fuerte anemia espiritual que traslada a quienes la sufren, a refugiarse en diversos tipos de adicciones como el trabajo, el activismo, la dependencia de la tecnología, de las drogas, del consumismo, entre otros. Los individuos que experimentan apatía en sus vidas por la falta de objetivos, de sentido, de un algo que los haga vibrar, solo piensan en pasar el tiempo y necesitan de muchos aspectos externos para tratar de saturar el vacío. Por el contrario, quien cultiva la IES, se interesa por aprovechar el tiempo.

Un ser espiritualmente cultivado encuentra en sí mismo, recursos suficientes para llenar el tiempo con una actividad que tenga sentido. Tiene consciencia de su condición mortal y para él, el tiempo no es algo que deba matar, sino vivirlo con intensidad, dándose a una causa más grande que el propio yo. (Torralba, 2018, p. 285)

Cuando el vacío existencial coge ventaja en el ser humano, pasa a convertirse en una especie de parálisis vital, típica manifestación del *nihilismo práctico*, fenómeno que atrofia directamente el sentido y la autotranscendencia. Los valores se relativizan y ya no hay horizontes que entusiasmen ni que animen a querer alcanzar un mejor porvenir. La vida se torna pesada, se vive por obligación, aceptando con resignación y pesimismo los acontecimientos. Lo más grave es que se acaba en las personas el interés por ser mejores, por transformarse. Así lo anota Lipovetsky (2000): “la gente quiere vivir enseguida, aquí y ahora, conservarse joven, y ya no aspira a forjar el hombre nuevo” (p. 9). Las personas se sumergen en un deseo de eternizar el presente y realizan lo que sea con tal de prolongar una vida de apariencias; si es necesario, cirugías, dietas, maquillaje, obsesión por el ejercicio físico; todo eso se hace porque lo que interesa es el ahora, y se cae en un egoísmo desencarnado que se ciega a la realidad de los demás.

Se privatiza el existir; se encierra en un individualismo que se jacta de su indiferencia ante los dramas ajenos, y predomina la insensibilidad ante las cuestiones colectivas. La ética cede el lugar a la estética. La política

es mirada con disgusto, y la vida como un videoclip anabolizado por el dinero, la fama y la belleza. (Vázquez, 2010, p. 50)

Ante esta dificultad, se observa que la IES tiene la facultad de dotar de dinamismo la vida, de revitalizarla y sacarla del aletargamiento en el que está, sobre todo por medio de experiencias que conducen a salir de sí para entregarse a otros. Precisamente, Frankl y Lapide (2005), acentúan en que el ser humano encuentra su pleno sentido cuando es capaz de darse a los demás, y expresan: “El hombre tiene capacidad, fuerza, vocación para superarse a sí mismo, olvidarse de sí, perderse de vista, cuando se entrega [...] a un semejante” (p. 83). Únicamente en la medida en que el individuo, por medio de su IES entiende que su vida es una misión, descubre el valor pleno del sentido de su existir. Otro aspecto que es fruto del vacío existencial y que contribuye fuertemente a la esclavitud del ser, es el consumismo, que se traduce en un deseo desaforado de tener y acaparar. Torralba (2018) describe con preocupación esta contaminación vital:

En la cultura del tener, la pregunta más relevante no es *Quién eres tú*, sino *cuánto tienes tú*. En ella se confunde el rol con la persona, el ropaje con el cuerpo, la fachada con el interior del edificio personal. Abrumada por el peso del tener, la persona carece de espacio, de tiempo para ser, para cultivar su vida espiritual y experimentar el gozo de ser, de conectar con las cosas pequeñas. (p. 278)

El consumismo es peligroso porque logra entrar a lo más íntimo, cosificando a las personas y convirtiendo las relaciones humanas en relaciones funcionales. Es una cultura del descarte que se interesa por lo inmediato y desprecia el arte de esperar en los proyectos a largo plazo. La IES ayuda a superar el consumismo en el momento en que la persona trasciende el impulso de poseer y el deseo desordenado de consumir, proporcionando una educación en la interioridad y la sobriedad, que permita comprender que lo esencial no está por fuera.

La IES conduce a la libertad del desprendimiento, la cual desemboca en una reconciliación con los otros y con la ecología. No es una tarea fácil pero tampoco es imposible; lo confirma el hecho de que los numerosos personajes que han dejado

huella en el mundo por su impronta espiritual, han sido mujeres y hombres profundamente austeros y respetuosos con quienes les rodeaban y con la naturaleza; no se consideraban dueños de la creación, sino sus simples administradores y cuidadores.

Desde la perspectiva religiosa, se habla de una crisis de sentido generado por un gran vacío de Dios, aunque ya se había aclarado que la IES no se confina a ninguna religión; también se enfatizó en que tampoco la desprecia; es por esto que, de igual manera, resulta importante señalar este aspecto. “Hoy se experimenta un gran vacío de Dios y va suscitándose un hambre de Dios, un deseo de Dios, pero confusa y oscuramente, sin saber exactamente qué es [...]. Pero en el fondo, es de Dios mismo” (Vázquez, 2010, p. 51). Cultivar la relación con el Ser trascendental, con el totalmente ‘Otro’, es de suma importancia en quien se empeña en tener una IES ligada a Dios, porque en la filiación de amor que se establece con la divinidad, se reconoce lo más auténtico de la humanidad; el ser humano descubre su esencia sin miedos ni vergüenza y se lanza con audacia a la felicidad que encuentra en el servicio, apertura y donación a sus semejantes.

En definitiva, la búsqueda del sentido de la vida es cada día más urgente, debido a la banalidad y materialidad que se ha introducido en todos los ámbitos en los que se desenvuelve el ser humano; esa banalidad de la vida comporta un continuo tránsito hacia la superficie, hacia el exterior, un éxodo masivo hacia la distracción y los placeres que, a fin de cuentas, solo dejan angustia e insatisfacción en un ser que está hecho para las alturas, para trascender y ser dueño de su propia historia.

Algunas pruebas psicométricas para el análisis del sentido de la vida

Desde hace tiempo, los interesados por este tema han deseado medir, si se podría utilizar esta palabra, el nivel de sentido de vida de algunas personas, sobre todo las que han atravesado alguna experiencia difícil en sus vidas; de ahí surgen diversas pruebas estandarizadas que dan resultados sobre este tema; el más conocido e implementado es el test PIL (*Purpose in life Test*), creado por Crumbaugh y Maholick (citados por Martínez, Trujillo y Trujillo, 2012), psicólogos estadounidenses en 1964, test de

tinte logoterapéutico que tiene como fin, analizar el sentido de vida o su contrario, el vacío existencial, por medio de preguntas de carácter cuantitativo en su primera parte y ya en la segunda y tercera parte, con un carácter más cualitativo. PIL ha sido validado y aceptado en diferentes países, incluyendo Colombia. Se plantea la traducción del test desde la tesis doctoral de Noblejas (1994) y su respectiva estructura factorial planteada por Martínez et al., (2012).

Otra prueba es el Logo-Test, herramienta psicológica creada por la doctora Elisabeth Lukas (1996), discípula del propio Víctor Frankl, psicólogo que desde su vivencia del sufrimiento y dolor creó la experiencia de la logoterapia. Logo, significa sentido y terapia es sinónimo de tratamiento. Este test tiene como propósito, cuantificar la realización interior del sentido y frustración existencial. Lukas, por su parte, es una filósofa y psicóloga nacida en Viena, con una gran experiencia en el trabajo logoterapéutico en Alemania, dedicándose a realizar investigaciones y estudios sobre este método psicológico humanista, demostrando que el tema de sentido de vida no solo es abordado como un tema religioso, sino que puede ser tratado también desde la ciencia. A este respecto, Frankl (1984) sostiene que “la voluntad de sentido no es tan sólo una cuestión de fe, sino también un hecho” (p. 31). El sentido de vida no son solo aspiraciones interiores, espirituales y religiosas; es un hecho que, de forma empírica, se puede confirmar.

El test planteado por Lukas (1996) realiza su investigación en situaciones diferentes que trabajan con la única pregunta: “¿Puede decirme si existe para Usted algo que podría calificarse como dador de sentido de su vida, y si así fuera, podría expresar este sentido de su vida en unas pocas palabras?” (p.13); surge de aquí un primer cuestionario de cinco partes que tiene la intención de reconocer los problemas existenciales comunes de las personas y su enclave vital para alcanzar la plenitud.

Lukas (1996) dice que el objetivo principal del logotest es, “descubrir en poco tiempo, la posible problemática noógena de un individuo, con el fin de emprender un tratamiento gradual necesario o, al menos, a fin de tenerla en cuenta en las entrevistas de asesoramiento y apoyo” (p. 14).

Se estima oportuna la aplicabilidad de las pruebas psicométricas propuestas ya que, a nivel educativo, permite que los estudiantes reconozcan y les den nombre a aquellas situaciones de dolor y sufrimiento que han vivido; más, cuando les impiden trazarse un proyecto de vida que los motive y los oriente, con metas claras y aterrizadas a su contexto sociocultural. Además, permite al mismo tiempo, que se inicie un proceso de superación a nivel personal, familiar e institucional de las situaciones difíciles que los y las estudiantes han experimentado, el grado en el que perciben que su existencia tiene sentido, el nivel de frustración existencial y la propia valoración frente a la actitud que tienen hacia las metas, éxitos y fracasos. Todo esto ofrece una posibilidad de autoconocimiento personal de sus dimensiones, con relación a lo trascendente y, brinda un soporte que pueda realmente dar frutos a esa búsqueda de sentido de la vida. Estas herramientas permiten a los maestros ahondar la situación de los estudiantes y acompañar los procesos de crecimiento desde la IES.

2. Conclusiones

De acuerdo con toda la exploración bibliográfica que se realizó en el transcurso de esta investigación, se logró descubrir que la IES va más allá de un esquema religioso, porque es propiamente una necesidad antropológica; es decir, todos los seres humanos, por el mero hecho de serlo, tienen la capacidad de cultivar la vida espiritual y, en virtud de este ser espiritual, se sienten inquietos por preguntas y situaciones de la vida que las otras inteligencias no logran dar respuesta y es por esto que muchos estudiosos han apoyado un tipo de inteligencia que ayude a enfrentar de forma exitosa esas realidades que ponen en juego su felicidad; así lo afirma la filósofa francesa Simone Weil (citada por Torralba, 2018): la IES responde a unas necesidades espirituales que tienen todas las personas y que difícilmente pueden ser abordadas desde otras inteligencias. Las necesidades de orden espiritual son las siguientes:

La de sentido, la de reconciliación con uno mismo y con la propia vida, la de reconocimiento de la propia identidad como

persona, la de la verdad, la de la libertad, la de orar, la de soledad y el silencio. (p. 62)

La humanidad se cuestiona al verse inmersa en una sociedad marcada por el materialismo, donde el sentido de trascendencia es casi nulo, donde la velocidad, la inmediatez, la productividad, el funcionalismo, son los que parecen tener las riendas de una vida a la carrera y cargada de actividades. Las personas no se dan la posibilidad de detenerse y cuestionarse por el propio ser, sino que por el contrario, viven en un mundo donde huyen de sí mismas; les cuesta cultivar la interioridad; evitan a toda costa la adversidad y hay pocas herramientas para su confrontación; experimentan una soledad impuesta, donde muchas veces no se sienten valoradas ni tratadas como personas, sino como objetos; su consecuencia es el experimentar la frustración, el abandono, el descarte, el poco sentido a la vida, agresividad mezclada con indiferencia; ante todo este panorama tan desolador, la IES se presenta como una emergencia humana que, si es bien orientada, puede ayudar a dar respuesta a estas problemáticas o, por lo menos, orientar para afrontarlas. Así, Torralba (2018) expresa que la inteligencia es “la capacidad y la habilidad para responder de la manera más adecuada posible a las exigencias que presenta el mundo [...]”. Permite adaptarnos con cierta velocidad a los recursos disponibles y a enfrentarnos a situaciones nuevas” (p. 23).

Al cierre de este artículo, nos podemos preguntar sobre los beneficios de la IES hoy en día, desde los aportes de diferentes autores en respuesta a qué es la IES, el por qué y para qué de ella, en nuestro intento de comprender la realidad humana que frágil se encuentra en relación con nuestros semejantes. Isabel Gómez Villalba (2020) en su conferencia ‘Educar la inteligencia espiritual como fuente de innovación educativa’, presenta algunos beneficios de la IES:

(1) Para tomar distancia de la realidad circundante y darse cuenta de que uno existe, pudiendo no haber existido. (2) Para conocerse a sí mismo, dar cuenta de que no soy y que estoy vivo, sino que sé de mi ser y sé de mi vida. (3) Nos facilita la trascendencia, motor de la vida humana. (4) Para tomar conciencia de la fraternidad de todo cuanto existe. (5) Nos ayuda a vivir éticamente, a construir una escala de valores. (6) A vivir la experiencia

estética y acatar lo sublime de la realidad en lo cotidiano. Descubrir la IES como aquella que puede generar nuevas oportunidades en ese encuentro con nuestra esencia, con nuestro interior, donde se forme acciones concretas de transformación positiva y de profundidad al sentido de nuestra vida. Todas las personas tienen necesidad de buscar respuestas a esos cuestionamientos humanos de su existencia y esto se puede lograr por medio de ese cultivo de la IES.

Un elemento a tener en cuenta es que, las diversas definiciones sobre el tema expuestas anteriormente desde varios autores, parten de los conceptos planteados por Howard Gardner sobre la Inteligencia Existencial o Trascendental, y Daniel Goleman sobre la Inteligencia Emocional. Aunque estos no fueron los primeros en acuñar el término de IES, podríamos decir que sí fueron los encargados de establecer bases sobre las que construyeron los autores de la IES.

La realización de este estudio demostró que ante el hoy que estamos viviendo bajo un mundo capitalista, consumista y materialista, es necesario educar en IES, si se quiere llevar a buen término ese objetivo primordial de la educación: la formación integral de la persona. La IES es apertura a lo trascendente; tiene que ver con la vida interior de la persona. Es la capacidad que nos faculta para tener aspiraciones profundas e íntimas; para anhelar una visión de la vida y de la realidad que integre, conecte, trascienda y dé sentido a la existencia. Nos capacita para comunicar nuestros más hondos sentimientos y pensamientos, a ser receptivos y a confrontar la vida y así, resignificarla.

Referencias

- Ardila, R. (2011). Inteligencia. ¿Qué sabemos y qué nos falta por investigar? *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, 35(134), 97-103.
- Buzan, T. (2003). *El poder de la inteligencia espiritual. 10 formas de despertar tu genio espiritual*. Ediciones Urano.
- Deacon, T.W. (1997). *The Symbolic Species. The eco-evolution of language and the brain*. W. W. Norton & Company Inc.
- Domenech, B. (1995). Introducción al estudio de la inteligencia: Teorías cognitivas. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 1(23), 149-162.
- Frankl, V. (1984). *Psicoterapia y Humanismo*. Fondo de Cultura Económica de México.
- Frankl, V. (1991). *El Hombre en busca de sentido*. Editorial Herder.
- Frankl, V. y Lapide, P. (2005). *Búsqueda de Dios y sentido de la vida: diálogo entre un teólogo y un psicólogo*. Editorial Herder.
- Frankl, V. (2009). *El hombre doliente: Fundamentos antropológicos de la Psicoterapia*. Editorial Herder.
- Gallegos, R. (2005). *Educación y espiritualidad. La educación como práctica espiritual*. Ediciones Fundación Internacional para la Educación Holista.
- Gardner, H. (2016). *Estructuras de la mente. La Teoría de las inteligencias múltiples* (3.ª ed.). Fondo de Cultura Económica.
- Gómez, I. (2020, agosto 26). Educar la Inteligencia Espiritual como fuente de innovación educativa [Conferencia]. <http://ciec.edu.co/noticias-recientes/webinar-educar-la-inteligencia-espiritual-como-fuente-de-innovacion-educativa/>
- Lipovetsky, G. (2000). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Editorial Anagrama.
- Lukas, E.S. (1996). *Logo-Test. Test para la medición de la 'realización interior del sentido' y de la 'frustración existencial'. Fundamentos, instrucciones y evaluación*. Editorial Almagesto.
- Martínez, E., Trujillo, Á.M. y Trujillo, C.A. (2012). Validación del Test de Propósito Vital (PIL Test - Purpose in Life Test) para Colombia. *Revista Argentina de Clínica Psicológica*, 21(1), 85-93.
- Moltmann, J. (1976). *El Hombre: antropología cristiana en los conflictos del presente*. Ediciones Sígueme.
- Mora, J. y Martín, M. (2007). La Escala de Inteligencia de Binet y Simon (1905); su recepción por la psicología posterior. *Revista de Historia de la Psicología*, 28(2-3), 307-313.
- Noblejas, M. (1994). *Logoterapia. Fundamentos, principios y aplicación. Una experiencia de evaluación del logro interior de sentido* [Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid] <https://eprints.ucm.es/3776/1/T19896.pdf>
- Pérez, E. y Medrano, L. (2013). Teorías contemporáneas de la inteligencia. Una revisión crítica de la literatura. *PSIENCIA, Revista Latinoamericana de Ciencia Psicológica*, 5(2), 105-118.
- Teijero, S. (2016). Uso de las múltiples inteligencias en la solución uso de los problemas complejos de la nueva gerencia en las organizaciones del siglo XXI. *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura*, 22(1), 57-74.

Torralba, F. (2018). *Inteligencia Espiritual*. Editorial Plataforma.

Vaughan, F. (2002). What is Spiritual Intelligence? *Journal of Humanistic Psychology*, 42(2), 16-33.
<https://doi.org/10.1177/0022167802422003>

Vázquez, J. (2010). *La Inteligencia Espiritual o sentido de lo sagrado*. Desclée de Brouwer.

Zohar, D. y Marshall, I. (2001). *Inteligencia espiritual*. Plaza & Janes Editores, S. A.

